

Hidalgo, valga la redundancia (Prólogo)

La gente que le conoce poco tiende a pensar que Antonio López Hidalgo es ese hombre de aspecto centroeuropeo, una especie de dandy de Austria, que viste como si estuviera volviendo de una cacería.

Es ese, en apariencia, pero sobre todo es otro.

Es Antonio, uno de Montilla que se toma las cosas en serio pero que parece que siempre retorna de una broma. Le conocí mejor yendo a Montilla, su pueblo; a la gente se la conoce cuando regresa a su tierra, y allí estaba Antonio, volviendo a Montilla. Me llevaba a una tenuta con sus cofrades y embajadores del mejor vino fino de la zona, el amontillado, me invistieron de esa religión que desde entonces sigo escrupulosamente, y tuve la oportunidad histórica de saber de dónde viene el silencio cálido de Antonio.

Viene del vino, de Montilla. Le he leído mucho, he visto qué hace, he leído ahora estos textos que constituyen el arquitrabe de su pensamiento en columnas; y puedo decir, con conocimiento de causa y de palabras, que si no le leyera los ojos y no le hubiera leído estos textos no sería hoy la persona que soy leyendo: Antonio te transmite una sensación especial de fiabilidad. Con él, con lo que dice, con lo que escribe, sabes que estás en buenas manos.

Como diría un andaluz, a estos textos sólo les falta mirar para que sean como Antonio. Él, que sabe tanto de periodismo, y que además sabe explicarlo, le consta que éste es un oficio que sólo se puede ejercer si tienes música dentro; y esta prosa canta como canta Antonio López Hidalgo. Siempre que le veo, o cuando me canta al teléfono, siento la tentación irresistible de decir aquellas coplas de Lorca: «Antonio Torres Heredia...», porque las palabras de su nombre son herederas de esa eufonía. Cuando escribe se pone esa capa de la música, y le sale todo seguido, como si detrás tuviera una inspiración que es la que también le late al maestro Manuel Alcántara.

Así empieza la primera columna del libro, que además se llama —así es Antonio, indica hasta cuando enumera— *La primera columna*: «La columna tiene doble forro, como ciertas prendas de abrigo, se le despegan las mangas, se las voltea y el interior también nos vale para lucirlo...» Él lleva esa prenda, y de esa forma están hechos sus escritos: como si ya los hubiera sobado mucho y, finalmente, al usarlos, les hubiera encontrado en el revés el derecho.

Da gusto leerle, ustedes lo van a ver en seguida. Hay columnistas en los que hay que entrar como entre múltiples de hierro; en las columnas de López Hidalgo uno entra como en aquellos múltiples musicales de Soto, el artista venezolano: destapas una raya colgante, te deslizas en el interior de esa geografía, y terminas abrazando el aire, como si te hubieras adentrado en una risa muy seria, dominada por un vendaval que él controla como un capitán o como un cómitre.

Por las columnas de Antonio hay viento, mar, aire a vendavales, vino; da gusto beber con él, y de hecho lo que hace, columna a columna, es servirte vasos repletos

de besos, y a veces de besos muy serios. La actualidad es para él un asunto que le sirve de punto de comparación; para contar lo que pasa ahora se refiere al pasado, pero en sus manos de escribir, el pasado es tan sólo, y no es poco, un instrumento del presente y por tanto del paso que necesita este tiempo para convertirse en futuro.

En eso, y en el humor, López Hidalgo se parece al maestro de todos los que ahora querríamos ser como él, el mexicano Jorge de Ibarguengoitia. El gran autor de *Instrucciones para vivir en México* recogía del instante su dimensión de pasado, y se reía de la actualidad como si ésta le hiciera cosquillas. Antonio tiene esa actitud: le hace cosquillas la vida, la afronta como un periodista, pero cuando las vuelca en sus artículos es mucho más que eso. Pertenece a una generación —la que ya nunca volverá a tener cincuenta años— que conoció el periodismo cuando éste se cocía a fuego lento. De ahí aprendió la ironía, a saber que el tiempo, ese gran escultor, cura de cualquier solemnidad, y que de la mañana a la noche lo que empezó siendo impresionante se va convirtiendo en una delgada línea roja que el horizonte (el quiosco) se come a mediodía.

Estos artículos son lo que queda después del quiosco. Es decir, la cultura; periodismo es lo que se hace, buen periodismo es lo que queda, y Antonio rinde homenaje, en cada una de esas inmensas gotas de agua, al periodismo tal como lo quisimos, antes de que estuviéramos a punto de enviarlo al matadero. Tocar uno de estos textos es tocar a un hombre tiritando de frío para recibir en pleno rostro la inspiración de lo que ocurre y se queda.

Había un dibujo de Bagaría para un chiste de Mihura, en la portada de *El Sol*, me parece: Bagaría dibujó

una gota inmensa para los dos personajes cuyo diálogo escribía el célebre dramaturgo. Y Mihura escribió debajo:

UNO: ¿Y esa gota tan grande?

EL OTRO: Es una nueva manera de llover: en lugar de llover todo el día, cae una gota así de grande y ya está.

Los artículos de Antonio son gotas así de grandes; caen y fructifican; ustedes lo van a ver; y seguro que en el transcurso de la lectura esta especie de felicidad que se siente leyéndole será la que haga que ustedes recomienden que otros lean aquello que él supo contar tan bien.

Juan Cruz

Antonio López Hidalgo

El ruido y las nueces

*Para Aurori, que me dejó.
Para Paula, que me espera.*

Cuando el *Diario Bahía de Cádiz* comenzó a navegar por la red, su director, Dany Rodway, me llamó para ingresar en filas. Entonces andaba perdido por medio mundo, entre los rascacielos de Tokio y los moais de Isla de Pascua. Un año después, me comprometí a colaborar con algunos textos de opinión. Entre agosto de 2005 y agosto de 2006, y durante 51 semanas ininterrumpidas, fui publicando los textos que ahora recojo en estas páginas. Se trata de 50 columnas periodísticas más el discurso de presentación que leí, con motivo de la edición en papel de un número del citado diario, en la Feria de San Fernando (Cádiz) el día 14 de julio de 2006.

Son textos escritos a primera sangre, sin más añadidos ni otros edulcorantes que los que precisa cada texto. Léidos ahora, su prosa se me antoja bien sazonada al buen paladar. Tantos meses después, estas colaboraciones se pueden leer con la misma frescura con que vieron la luz en su día. Después de unos años de haberlas mantenido a buen recaudo, creo llegado el momento de buscarles otro destino más certero. Un proverbio popular dice que Dios da nueces a quien no sabe partirlas. Ojalá en este caso hayamos aportado el arrojo suficiente para desmentir refranes que aspiran a ser axiomas. Hay momentos en la vida que nadie quiere vivir,

pero que el destino nos tiene reservados con la misma precisión con la que un cuchillo corta nuestra piel. El periodo de tiempo en el que escribí estos artículos es el más oscuro de mi vida. Ojalá este libro traiga más luces que sombras a un futuro que adivino sereno.

Antonio López Hidalgo
Gelves, noviembre de 2009

La primera columna

La columna tiene doble forro, como ciertas prendas de abrigo, se le despegan las mangas, se la voltea y el interior también nos vale para lucirlo. La columna tiene bolsillos múltiples, gorro para esconder las orejas. La columna tiene, como el arte de birlibirloque, como la chistera del mago, una capacidad infinita dentro del estrecho margen en el que el periodista o el escritor escribe. Pese a su espacio limitado, las posibilidades son infinitas. Es un género periodístico sin límites definidos. Pero también es un género literario.

El columnista no necesita refugiarse en la actualidad para interpretar la vida, porque la vida se escapa por doquier, y el columnista anda por el mundo vertiéndola en pequeños vasos que publica cada día en la misma sección, donde el lector la encuentra con facilidad, como quien busca la crema dental o el azucarillo a la hora del desayuno. El columnista tiene algo de confesor espiritual y algo de pregonero también, como aquellos pregoneros de pueblo que anunciaban los bandos municipales, anticipaban la dolida necrológica o cantaban en cada esquina la noticia ya esperada y ahora confirmada.

Tiene la columna la naturaleza del dietario, el escenario de la taberna repetida, la posibilidad remota del viaje nunca emprendido. Cabe la actualidad desmenuzada

y próxima, pero también el argot de la vida cotidiana, los pecados inconfesables, la marchita posibilidad de desglosar cualquier sueño, de abrirlo a golpes como si fuera una nuez. Pero también cabe el ruido, es decir, el rumor, la desinformación, la noticia no contrastada. Porque, a veces, también la sospecha y el infundio son noticia y comentario, porque forman parte de la vida. Pero en la columna podemos evitar la difamación o proponerla, difundirla o derogarla. La columna tiene el rostro de quien escribe, el olor de un guiso reciente, los ingredientes de un plato improvisado pero cocido a fuego lento, como la vida que pasa despacio dejando el rastro sobre la nieve, sobre el barro, sobre nosotros, sin que apenas percibamos que ha cruzado el patio un día de lluvia, cuando los cerezos florecen también en las postales o en los informativos audiovisuales.

Todo esto cabe en la columna, porque está escrita a sangre, como un poema, pero también es fruto de la reflexión, como el editorial, y de la documentación y la creatividad, como el reportaje. La columna es un cóctel variado, un brebaje complejo de fórmulas no escritas. En la columna cabe el ruido y las nueces.

Acaso por eso esta primera columna sólo es un diagnóstico de intenciones, un pórtico abierto a la realidad y a la ficción, una tacita de plata donde podremos recoger mañana aquellos pedazos de sueño que se nos quedaron prendidos en el pellejo como los años, como la vida. Como se queda el polvo adherido a los muebles. La columna, esta columna, después de todo, tiene o quiere tener algo de todo eso. Que no es poco.

La actualidad se marchita, como las flores, pero la columna es perenne, como el florero. Pero un jarrón sin flores es como una bodega sin vino, como una guinda sin pastel, como un plato de crema sin pescado. La co-

lumna siempre será un complemento a cuanto ocurre, porque acaso sirve para contar lo que no ocurre, lo que se queda oculto detrás de los acontecimientos, lo que no se percibe a simple vista, lo que no está escrito en las páginas de información. Por eso este espacio nace con vocación de perpetuidad. No nace para siempre, pero mientras esté quiere ser, como diría Sabina, un torero en el aeropuerto o un aeropuerto en Isla de Pascua.

A estas alturas, sólo mantengo una duda para trabajar seguro: ¿Dónde encontrar un martillo para partir la nuez?